

## Capítulo 1

¿Cómo era posible que tantas mujeres quisieran apaciguar el apetito sexual de sus maridos?

Laura Manning se hacía esta misma pregunta mientras apagaba el quemador Bunsen y cerraba los dedos alrededor de la probeta que contenía su futuro. Agitó el vial número veinticuatro entre las palmas de sus manos y levantó una ceja en dirección a su compañero de laboratorio, Jay Cutler.

—¿Estás seguro de que no prefieres que lo haga yo?

Jay se pasó los dedos por el pelo, oscuro como la noche. Sus labios, tan sensuales, se curvaron hacia abajo.

—El inhibidor de la libido que estamos preparando es para hombres, Laura. —Sus ojos se deslizaron por las curvas de su compañera mientras cambiaba de postura—. Créeme, no eres apta para el experimento ni por asomo. Y de todas formas, el consejo directivo que nos subvenciona se ocupará de acabar con tu carrera, y también con la mía, si no les presentamos algo concreto antes de finales de la semana que viene.

Laura se mordió el labio inferior, como solía hacer cuando se sentía frustrada. Era evidente que Jay tenía razón. No habían pasado los últimos meses trabajando cada día hasta tarde en el laboratorio para que ahora el consejo detuviera de pronto el proyecto.

Se sentó en un taburete y apoyó los codos sobre la superficie metálica de la mesa de trabajo.

—Pero aún no conocemos todos los efectos secundarios.

Jay se inclinó hacia delante y cerró sus manos alrededor de las de ella. Sus ojos se encontraron y las angulosas líneas del rostro de él parecieron suavizarse por un instante.

—Y no los conoceremos a menos que me preste a ser nuestro conejillo de Indias.

Apretó los dedos de Laura y acarició su piel con el pulgar. El gesto era inocente, sin duda, pero aun así unas intensas pulsaciones recorrieron el cuerpo de ella. Los cálidos escalofríos del deseo se propagaron desbocados hasta los dedos de los pies. El laboratorio, que era pequeño, pareció cerrarse aún más a su alrededor.

A pesar de que el contacto con aquel hombre provocaba una misteriosa alquimia en su libido, Laura sabía que a Jay no le iban las chicas de ciencias estudiosas y aplicadas como ella. Durante los últimos tres años había visto a suficientes jóvenes adorándole como para saber que mister Una-Mujer-Diferente-Cada-Día sentía un apetito voraz por las rubias altas, con aspecto de niñas abandonadas, que lucían

atractivas sonrisas que al final siempre acababan siendo lo más brillante que había en ellas. Ella era, en cambio, una mujer inteligente con una figura menuda y llena de curvas, lo cual era la antítesis del prototipo hacia el que él se sentía atraído.

Sinceramente, ¿es que acaso los hombres eran incapaces de darse cuenta de que las cosas buenas siempre van en el envoltorio más pequeño? Bajó la mirada hasta detenerse justo unos centímetros por debajo de la cintura de Jay. Bueno, puede que no todas las cosas.

La calidez del pulgar de Jay acariciando distraídamente su piel devolvió a Laura de nuevo a la realidad. Se puso en pie de un salto y cogió una jeringuilla.

—Bueno, pues si estás listo, acabemos con esto de una vez. Siéntate y súbete la manga. —Mientras le indicaba que tomara asiento en el taburete que había junto a ella, preparó el suero.

Introdujo la dosis en la jeringuilla por la aguja, eliminó el aire sobrante y miró a Jay fijamente a los ojos.

—¿Listo?

—Adelante, Laura.

Ella abrió el envoltorio de un algodón impregnado de alcohol y lo restregó por su bíceps. ¡Virgen santa, y menudo bíceps era aquél!

—Pero ten cuidado. Conozco tu estilo pinchando. —Ladeó la cabeza a un lado con un gesto cargado de erotismo y Laura perdió el hilo de sus pensamientos—. Tenemos suerte de no haber tenido

ninguna baja hasta la fecha. —Su voz desprendía un cierto tono de broma, que se deslizó por la espalda de Laura como si de un potente afrodisíaco se tratara.

Ignorando el suave cosquilleo que corría por sus venas, disimuló una sonrisa juguetona, le miró a los ojos con evidente fastidio y levantó la jeringuilla.

—Siempre hay una primera vez.

Él se inclinó sobre ella y abrió la boca para decir algo, pero Laura le ordenó que se callara con un simple gesto del dedo antes de que pudiera replicar con alguno de sus ingeniosos comentarios.

Levantó una ceja a modo de aviso.

—Pórtate bien o haré que esto sea un proceso doloroso.

¿Cuándo llegaría el día en que todas aquellas bromas y pullas amistosas que compartían dejaran de removerle las entrañas? Trabajar junto a Jay los últimos tres años no siempre había sido fácil. A veces estaba convencida de que arrancarse una muela de raíz hubiese sido menos doloroso que aquello que compartían. Cada vez que él le obsequiaba con una de sus sonrisas, sensuales y despreocupadas, su cuerpo le pedía a gritos unirse al de él, lo cual hacía bastante difícil conseguir un estado mínimo de concentración. Afortunadamente, apenas pasaban tiempo juntos fuera del laboratorio. Semejante exposición prolongada a Jay Cutler, también conocido como *el Salvaje*, quemaría su cuerpo más que una semana entera bajo un sol abrasador de verano sin llevar protección solar. Y es que alguien debería ocuparse de

que aquel hombre llevase siempre sobre la piel una etiqueta de advertencia.

Debían, sin embargo, hacer acto de presencia en la sesión mensual a la que todos los empleados debían acudir por deseo expreso del director, Reginald Smith, quien siempre solía decir: «Al relacionarnos fuera del trabajo, abrimos las puertas para que la felicidad y la armonía entren en nuestras vidas.» ¡Dios santo! Hazte a un lado, iluminado.

Después de inyectar el espeso mejunje en el músculo, Laura cubrió la pequeña herida con una tirita y tomó asiento de nuevo en su taburete.

—Y ahora a esperar. —Se centró en su cuaderno y empezó a anotar la fecha.

—¿A esperar qué? —preguntó Jay en voz baja. Ella levantó la barbilla para mirarle a los ojos.

—Pues ver —alargó el sonido de la última palabra y señaló con un gesto de la cabeza hacia su entrepierna— si el Pequeño Jay despierta o no.

—¿Pequeño Jay? —En sus labios se formó una sonrisa juguetona—. Más bien el no-tan-pequeño-Jay. Y, además, ¿no crees que deberíamos ponerle a prueba?

Laura miró por encima de su hombro.

—Tiene que haber alguna revista por aquí que seguro te será de ayuda con ese pequeño problema —respondió ella, provocativa.

Jay cruzó los brazos, desafiante, con una sonrisa asomando en sus labios.

—No creo.

—Tal vez deberías llamar a alguna de tus nume-

rosas amiguitas. —Lo que había querido aparentar ser un comentario profesional había acabado sonando bastante sarcástico e incluso fruto de los celos. Maldición.

Jay se acercó aún más a Laura. Lo suficiente como para colapsarle los sentidos con su hipnótico aroma. La miró fijamente a los ojos con una intensidad tal que sobre la piel de ella danzaron ondas de un placer puramente sensual.

—¿Has olvidado que este proyecto es *top secret*, Laura? Si el Pequeño Jay, como muy amablemente le has bautizado, cuelga el cartelito de «no molestar» mientras estoy en plena faena, ¿no crees que mi posible cita podría sospechar algo?

Vale, al parecer nunca antes había sufrido un ataque de impotencia, lo cual, en realidad, no sorprendía a Laura. ¿Emocionarla? Sí. ¿Sorprenderla? No. Lástima que el último tío con el que había salido no pudiese hacer suya esa gesta. Aquella relación había acabado siendo como una comedia romántica, sólo que sin romance alguno. En toda su vida sólo había salido en serio con dos chicos y ninguno de ellos se había tomado la molestia de satisfacerla sexualmente. Al tipo de hombres a los que Laura atraía sólo parecía importarles su propio placer y siempre la dejaban en tal estado que tenía que ocuparse de todo con sus propias manos. Literalmente. Ahora se limitaba a evitar salir con alguien. ¿Por qué preocuparse por el intermediario cuando podía pasar directamente al éxtasis con la ayuda de su mejor amigo, que funcionaba a pilas?

La pierna de Jay se movió de sitio para rozarse con la de ella. Un temblor imperceptible recorrió el cuerpo de Laura al reaccionar al contacto. ¡Piedad!

Tal vez debería pararse a comprar pilas de recambio de camino a casa.

Nunca había practicado sexo con alguien que no fuese su pareja, pero si era cierto que Jay le estaba ofreciendo sus servicios, tal vez fuese hora de reconsiderar su postura. Porque, a juzgar por el número de mujeres que habían llamado al laboratorio después de pasar la noche con él, era evidente que no era el tipo de hombre que dejaba a una mujer comuesta y sin novio.

Excitada, mojada y satisfecha, sí; a media faena, nunca.

Se encogió de hombros y trató de concentrarse.

—Eres un tío con recursos. Si te deshinchas, inventate la primera excusa que te venga a la cabeza.

Jay inclinó la cabeza. Sus labios, cálidos y sedosos, se detuvieron a tan sólo unos centímetros de los de ella. Aquella total falta de consideración por su espacio le pareció excitante, tanto que empezó a temblar en las partes más secretas de su anatomía.

—Se me ocurre una idea mejor —dijo él.

Laura se sintió intrigada por el calor que desprendían aquellos ojos.

—¿En serio? —¿Acaso aquella idea incluía sus cuerpos desnudos y un bote de sirope de chocolate? Dios sabía que ella siempre estaba abierta a posibilidades que incluyesen chocolate, o sirope, o a ellos dos desnudos.

—Sí, una idea genial. —El pelo de Jay le acarició suavemente la nuca y Laura sintió una oleada de placer exquisito recorriéndole el cuerpo. Con los ojos fijos en los de ella, puso un dedo sobre su bata blanca de laboratorio, siempre prístina e impoluta—. Creo que deberías sacarte esto, irte a casa y tomar un baño caliente, largo y relajante.

Con un movimiento tan rápido que Laura apenas tuvo tiempo de reaccionar, Jay le quitó la pinza con la que sujetaba el prieto moño que coronaba su cabeza y sus largos rizos color castaño se precipitaron sobre sus hombros.

Sin detenerse, continuó con la explicación.

—Luego quiero que te pongas la lencería más fina que tengas.

Aquello era broma, ¿verdad? Jamás se había molestado en mirarla dos veces seguidas. Si ni siquiera era su tipo.

—¿Entonces? —preguntó—. ¿Te apuntas?

¿Qué le hacía pensar que ella estaría deseando ponerse su conjunto más provocativo para la investigación? ¿Para él?

Vale, en realidad sí que lo estaba deseando. Pero de ninguna forma pensaba admitir hasta qué punto.

Sacudió la cabeza para deshacerse de aquel pensamiento. Era evidente que estaba sufriendo alucinaciones, probablemente uno de los efectos secundarios derivados de trabajar con el supresor.

Aquello tenía que ser una broma.

Una sonrisa diabólica se formó en el atractivo rostro de Jay.

—Si no me excito, entonces sabremos sin lugar a dudas que la dosis ha funcionado.

Pues parecía que no estaba bromeando.

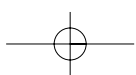
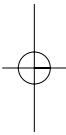
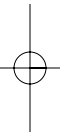
Tratando de aparentar que aquellas palabras no habían tenido efecto alguno en ella, Laura levantó la barbilla para mirarle directamente a los ojos.

—¿Y si te excitas?

Un brillo juguetón danzó en los ojos de su compañero de laboratorio mientras paseaba la mirada lentamente por todo su cuerpo. Cuando alargó una mano para acariciarle la mejilla con el pulgar, un calor tórrido se filtró a través de los poros de su piel. Laura se humedeció los labios y trató de ignorar el ritmo acelerado de su corazón.

La mirada de chico malo de Jay se posó sobre su boca.

—Cariño, si me excito, las posibilidades son ilimitadas.



## Capítulo 2

Jay se metió una botella de vino tinto bajo el brazo y subió de dos en dos los escalones que llevaban al apartamento de Laura. En todo el día no había pensado en nada que no fuera el aspecto que tendría el cuerpo de su compañera, sus sensuales curvas cubiertas únicamente por un juego de fina lencería de seda. Sintió cómo su erección se hacía más evidente con sólo imaginarlo. La expectación de lo que estaba por venir hizo que su carne se lubricara a cada paso que daba y que le acercaba más y más a su puerta.

La idea de verla semidesnuda sólo con fines científicos era una gilipollez y lo sabía. Aunque eso sí, tenía que admitir que hacerlo en nombre de la ciencia le otorgaba un punto más erótico a todo aquel asunto.

Había algo en Laura Manning que le atraía físicamente de una forma en que ninguna otra mujer lo había hecho jamás. Era una combinación letal de inteligencia, inocencia y sensualidad.

Le tenía totalmente cautivado, tanto que le hacía sentir la calidez del que se acaba de tomar un trago

de brandy. Le gustaba, y mucho. Lo suficiente, de hecho, como para que durante los dos últimos meses ni siquiera hubiese tenido ganas de quedar con otra mujer. Los callos que decoraban sus manos daban fe de ello. El sexo fortuito al que estaba acostumbrado había perdido todo su interés desde que lo único en lo que podía pensar era en cuánto deseaba poder acariciar las curvas de aquella mujer, tan suaves y tan sinuosas, tan dulces y tan sensuales al mismo tiempo.

A pesar de que la atracción física que sentía por Laura era abrumadora, no quería desarrollar un vínculo emocional más profundo con ella. Al igual que su padre y que todos los miembros masculinos de la familia Cutler que le habían precedido, Jay no estaba hecho para comprometerse de por vida con alguien. Su madre se había ocupado concienzudamente de dejárselo bien claro. Ni un solo Cutler de la generación de su padre había mantenido jamás una relación duradera. Después de que su padre los abandonase, su madre empezó a referirse al clan familiar de su marido como los «Cutler de frío corazón».

Jay sabía que su madre le despreciaba, seguramente porque era la viva imagen de su padre. De pequeño, siempre le repetía que, cuando creciera, seguiría los pasos de los Cutler. Las únicas personas que habían tenido fe en él y habían creído que de mayor sería un hombre honrado y respetable habían sido su amigo de la infancia Dino Moretti y sus padres, Tony e Isabella. Pasaba más tiempo en el restaurante italiano que regentaban que en su propia

casa. Gracias a ellos había podido hacerse a la idea de cómo vivían y amaban los demás.

Jay siempre trataba con respeto a las mujeres con las que salía, pero, puesto que nunca sentía nada especial por ellas, había dado por sentado que su madre estaba en lo cierto y que no era más que la astilla desprendida del viejo palo, otro Cutler que pensaba con la entepierna y que era incapaz de sentir un amor profundo y verdadero.

Mientras se acercaba a la puerta del apartamento de Laura, sus pensamientos se centraron de nuevo en la mujer sensual que esperaba su llegada. Dios, cuánto deseaba sentir el tacto de su piel contra la suya. La forma en que se movía, con una sensualidad a todas luces involuntaria, y el suave aroma a fresas que le alborotaba las hormonas le mantenían permanentemente al borde del precipicio. Se moría por averiguar si el sabor de su piel era tan dulce como prometía.

Trabajar cada día hasta tarde con Laura al lado había acabado siendo un ejercicio de frustración. En el laboratorio era conocida como la Princesa de Hielo, la mujer que sólo quería llevar a cabo investigaciones sobre sexo dentro del laboratorio y nunca fuera. Nunca le había dado ni la más remota señal de que estuviese interesada en mantener una relación con él, ya fuera física o de otra naturaleza distinta. Él siempre lo había respetado y se esforzaba en mantener las manos quietecitas. Hasta ahora. Hasta que la oportunidad de llevar aquella relación al siguiente nivel de intimidad se había presentado por sí sola.

Dios, si entraba por la puerta y descubría que iba vestida de encaje blanco, tendría que reunir todas las fuerzas que le quedasen para no obligarla a doblarse sobre sí misma y tomar su sensual cuerpo al instante.

Se sacó la camiseta de la cintura de los pantalones para cubrir con ella el bulto, cada vez más marcado, que se había formado en sus tejanos. Joder, llevaba meses navegando a medio mástil. Si no domesticaba pronto a la anaconda enfurecida que se escondía entre sus piernas, acabaría reventándose una arteria, por no mencionar todas las probetas que había estado a punto de tumbar mientras trabajaba en el laboratorio. La tenía tan dura como un torpedo y era capaz de acabar con cualquier cosa que se encontrara a su paso.

Era evidente que la dosis aún no había empezado a hacer efecto. No es que quisiese que no funcionase, por supuesto que no. Sus futuras carreras en el Centro de Investigación de Iowa dependían de ello. Por no mencionar el hecho de que querían perfeccionar el supresor *top secret* antes que los de Ad-Tech, sus rivales, consiguiesen llevar su proyecto a buen término. Sólo quería contener los resultados durante unas horas para poder así persuadir a Laura para que accediese a satisfacer sus necesidades, sus deseos más secretos. Deseos que Jay sospechaba que existían, pero que Laura negaba continuamente.

Aquella noche tenía una misión. El plan era llevar la investigación más allá de las puertas del laborato-

rio, dentro de las del dormitorio. El objetivo era convertir a la Princesa de Hielo en un charco de chocolate fundido.

Laura sentía un intenso cosquilleo por todo el cuerpo, fruto sin duda de los nervios, mientras recorría ansiosa el pequeño apartamento, esperando la llegada de Jay. Casi había conseguido abrir un agujero en la alfombra y en las medias blancas con ligero que se había comprado para la ocasión.

Respiró profundamente y se apartó el pelo de la cara. Tenía las palmas tan mojadas que se humedeció los rizos con ellas. Se limpió las manos en la bata que llevaba puesta y dejó que el grueso algodón absorbiera la humedad.

Dios santo, ¿en qué estaría pensando cuando aceptó algo como aquello? El director les pondría de patitas en la calle si descubría que habían estado probando el suero en sí mismos, sobre todo porque aún no habían alcanzado resultados positivos con las ratas de laboratorio, que representaban la primera fase en el proceso de análisis. Era evidente que su cerebro había dejado de funcionar y que el triángulo empapado en el que se unían sus piernas estaba ahora al mando de todo.

Para ser honestos, Laura era una mujer tranquila y acostumbrada a acatar las reglas, orientada hacia su carrera profesional y criada en una familia de clase media. Jamás aceptaba riesgos innecesarios y nunca antes había hecho algo tan descabellado.

Tan sucio.

Tan deliciosamente escandaloso.

Miró el reloj por millonésima vez y luego avanzó hasta la ventana. Apartó a un lado las delgadas cortinas y escaneó los alrededores del edificio. Arriba, en el cielo, el brillo plateado de las estrellas salpicaba el oscuro lienzo aterciopelado. La luna llena irrumpió a través del dosel de hojas de roble que cubría la entrada e iluminó el camino que conducía hasta la puerta principal del edificio. Reanudó sus pasos, avanzó hasta la puerta del piso y miró a través de la mirilla.

Se detuvo un instante para considerar aquella situación en la que se había metido. En unos minutos, el hombre del que estaba secretamente encaprichada estaría en su casa, esperando poder verla llevando su lencería más sensual.

¿Y qué posibilidades tenía de que sintiera el tacto de sus labios acariciando los suyos o aquellos habilidosos dedos recorriendo su cálida piel desnuda? Ninguna, sobre todo considerando el hecho de que le había administrado un supresor de la libido tan sólo unas horas antes.

Se contuvo para no golpearse en la frente. Así se hace, Laura. Eres realmente brillante. Esa ingeniosa maniobra tiene las palabras «Premio» y «Nobel» escritas por todas partes.

Pero ¿qué ocurriría si finalmente Jay sí se excitaba?  
«Las posibilidades son ilimitadas.»

Aquellas cuatro palabras llevaban todo el día resonando en su cabeza. Se dio a sí misma un instante,

breve pero aun así intenso, para imaginar cómo sería tener su cuerpo desnudo sobre ella; su boca describiendo un camino sinuoso en su carne temblorosa hasta llegar al abismo húmedo que se abría entre sus piernas; el suave filo de su lengua abriendo los pliegues de su sexo como si de una flor se tratase, para poder saborear el suave rocío de su excitación; sus labios cerrándose alrededor de ella, embriagándola con su calidez, reclamándola sólo para él.

Su piel cobró de pronto vida propia, mientras una oleada de deseo le recorría el cuerpo de arriba abajo. Apartó su mente, hundida en la espesa neblina de la pasión, de aquellos deliciosos derroteros por los que se había adentrado y rehízo sus propios pasos hasta el alféizar de la ventana.

En realidad, si se paraba a pensar en ello, en semejante situación sólo podía hacer dos cosas: ganar o ganar. Si Jay no se excitaba, significaría que finalmente se habían asegurado los fondos necesarios para continuar con la investigación y, al mismo tiempo, habrían dejado su pequeña muesca en el mundo de la ciencia. Y si se excitaba... Un suave temblor sacudió su cuerpo. Si se excitaba, entonces tal vez podría apagar el fuego que ardía entre sus piernas.

¿Cuál de las dos posibilidades le apetecía más?

Alargó la mano para apartar la cortina a un lado, pero sus dedos se quedaron congelados en el aire cuando un suave golpe en la puerta llamó su atención. Se dio la vuelta y respiró profundamente, mientras sentía el inconfundible latido de su corazón en la garganta.

Dios, estaba hecha un amasijo de nervios. Y es que no todos los días su trabajo le exigía tener que tentar al chico con el que llevaba fantaseando meses, un tipo que estaba totalmente fuera de su alcance.

Se ajustó la bata alrededor de la cintura y avanzó lentamente en dirección a la puerta. Deslizó una mano alrededor del pomo, lo hizo girar muy despacio y observó al hombre que esperaba tranquilamente bajo el quicio de la puerta.

Se tomó unos instantes para repasarle de arriba abajo. Los esculpidos músculos de su pecho rellenaban la tela de la camiseta que vestía hasta tensarla, mientras que sus anchos hombros se estrechaban hasta formar una cintura bien definida y unos abdominales firmes y bien marcados. Con un cuerpo simétrico y casi perfecto, Jay estaba diseñado para satisfacer hasta a la más insaciable de las mujeres.

Vestido con unos tejanos que se ajustaban a su físico en todos los puntos más políticamente incorrectos, aquel chico malo llevaba la palabra «problemas» escrita en la frente.

Se presentó con una sonrisa sensual en los labios.

—Hola —le dijo, mientras le entregaba una botella de vino.

—Hola. —Laura retrocedió un paso, dejó el vino sobre una mesita que había junto a la puerta, le saludó con un gesto de la mano y luego le hizo señas para que entrara—. Adelante.

Jay entró en el apartamento sin apartar un segundo los ojos de ella. Laura oyó el sonido metálico del cerrojo de la puerta volviendo a su posición inicial y

no pudo evitar que un escalofrío le recorriera la espalda.

Maldita sea. Aquel hombre era tan guapo, tan perfecto... Algo distinto, una emoción más profunda, se retorció dentro de ella. Se humedeció los labios y la apartó a un lado. No pensaba enamorarse de él por mucho que la besara, tocara o le hiciera el amor dulcemente durante toda la noche. Era demasiado inteligente como para dejarse llenar la cabeza con ideas preconcebidas sobre el amor. Un fin de semana de rebajas en cualquier centro comercial podía durar más que todas las relaciones que había tenido hasta la fecha.

El brillo en los ojos de Jay, parecido al de un depredador a punto de saltar sobre su presa, hizo que se le acelerara aún más el pulso. Algunas partes de su cuerpo, las más interesantes, empezaron a desprender una calidez agradable y familiar. Se abanicó la cara con la mano y luego abrió las solapas de la bata para refrescarse, de forma que quedó al descubierto el delicado encaje de la camisola que se escondía debajo. ¿Es que acaso alguien había encendido la calefacción?

Adoptando una expresión lo más profesional posible, Laura dejó a un lado sus deseos más íntimos y preguntó:

—¿Cómo te sientes? ¿Algún efecto secundario?

Él se limitó a encogerse de hombros, mientras sus ojos se deslizaban hacia abajo para observar con mayor detenimiento la forma en que el pecho de Laura se agitaba.

Jay se aclaró la garganta y apartó a un lado las visiones que en aquel momento monopolizaban sus pensamientos.

—Hasta ahora, todo bien. Sigo teniendo pelo en la cabeza y aún no he empezado a babear. —Recorrió con la mirada el cuerpo de Laura—. Al menos no por el momento —añadió, con una sonrisa juguetona en el rostro.

Ella bajó la vista hasta su entrepierna. Únicamente con fines científicos, se aseguró a sí misma.

—¿Pasa algo por ahí abajo?

Jay sonrió.

—Algunos pequeños movimientos involuntarios. Nada que no sea perfectamente normal. —Sus ojos brillaron, y en ellos había picardía y algo más. Si tenía que fiarse de sus instintos, parecía el brillo propio del que promete algo—. Sabremos más cuando lo pongamos a prueba.

Laura se estremeció con una mezcla de emoción y nerviosismo, mientras no dejaba de jugar con el cinturón de la bata. No quería parecer demasiado impaciente o ansiosa por empezar las pruebas con el Pequeño Jay, pero la mirada prometedora en los ojos de su dueño no hacía más que incitarla a que diera rienda suelta a la acción. Renovada la concentración, Laura se cubrió de un aire de profesionalidad y trató por todos los medios de ignorar el trémulo calor que se extendía lentamente por su cuerpo.

—Tal vez deberíamos ir empezando. No sabemos cuánto tiempo nos va a llevar esto —propuso, casi en voz baja.

Jay dio un paso al frente mientras ladeaba la cabeza, y los poderosos músculos de su anatomía se tensaron con el movimiento. Su aroma, intenso y masculino, intoxicó los sentidos de Laura y los puso en alerta.

—Sí, tal vez deberíamos empezar.

Laura respiró profundamente, tratando de reunir todas sus fuerzas, y se abrió la bata unos centímetros, de forma que reveló una camisola de seda blanca, unas medias rematadas en fino encaje y un liguero a juego.

Un sonido de aprobación, rico y decadente, escapó de las profundidades de la garganta de Jay. El cuerpo de Laura tembló en respuesta. Observó cómo la lujuria oscurecía la mirada de su hasta entonces compañero de laboratorio, y cómo sus ojos le acariciaban la piel.

¡Lujuria! ¡En los ojos de Jay! ¡Mirándola a ella!  
¡Santo Dios!

Sus pezones reaccionaron hinchándose ante aquellas pupilas que la devoraban. Sintió cómo sus mejillas se sonrojaban bajo los efectos del calor y del deseo.

Los dedos de Jay se clavaron en su cadera y luego tiraron de ella con fuerza para atraerla hacia él. Sus pechos chocaron contra el sólido muro de músculos de su pecho y Laura sintió que la fiebre se apoderaba de ella.

La voz de Jay adquirió una tonalidad ronca y sensual.

—¿Cómo lo has sabido? —Sus ojos reflejaban cada una de sus emociones, cada uno de sus deseos.

—¿Saber qué? —preguntó Laura.

Con una suavidad extrema, él trazó con las manos las generosas curvas de la joven.

—Que mi preferido es el encaje blanco. —El profundo timbre de su voz la cubrió como si fuese cera caliente.

Se aclaró la garganta y tomó aire para tratar de calmarse.

—Una vez leí que el encaje blanco es capaz de hacer que cualquier hombre levante las cejas asombrado.

La turbulencia que reflejaban los ojos del hombre que tenía frente a ella hizo que su piel se humedeciese y se tensase cada vez más. Jay hundió los dedos en su cabello y atrajo la boca de Laura hacia la suya.

—Bueno, sí, aunque lo que queremos levantar aquí no queda precisamente cerca de las cejas.

Laura tuvo que luchar contra el impulso de gritar a pleno pulmón «¡Aleluya!».

Jay observó el erótico balanceo del sinuoso trasero de Laura mientras se dirigía a la cocina para servir dos copas de vino. Su larga melena rizada se precipitaba como una cascada sobre su espalda y se agitaba con cada uno de sus sensuales movimientos. Sonrió. Le gustaba verla con el pelo suelto.

Se quedó allí plantado, siguiéndola con la mirada hasta que desapareció tras una esquina del salón. Permaneció inmóvil, incapaz de formar ni un solo pensamiento coherente, mientras una fragancia exó-

tica, sin duda el perfume inconfundible de Laura, impregnaba el ambiente. Bueno, inmóvil por completo, no. Había una parte de él que parecía tener vida propia.

Se ajustó los tejanos, tratando de aliviar la incomodidad que sentía. Dios, debería haberse dedicado unos minutos antes de salir de casa a aliviar aquella tensión sexual que le estaba volviendo loco. Un atisbo más del sinuoso cuerpo de la Princesa de Hielo cubierto de encaje blanco y acabaría apagándose más rápidamente que una fuente de fuegos artificiales. Pero había salido de casa con demasiada prisa como para tener en consideración tales inconvenientes.

Un río de lava, lento pero implacable, le recorrió las venas hasta desembocar entre sus piernas. Nunca antes había reaccionado de esa forma ante una mujer. No lograba entenderlo. Todo en ella le excitaba, desde sus felinos ojos verdes hasta su piel inmaculada y su voz profunda y sedosa.

En realidad, le daba igual qué llevara puesto. No le importaba si vestía la tosca e informe bata del laboratorio o unos pantalones y una camiseta holgados. De cualquiera de las maneras siempre estaba increíblemente sensual. Pero ahora, tras atisbar su cuerpo cubierto de lencería color blanco, la necesidad de perderse en ella había adquirido tal intensidad que casi era dolorosa. Había necesitado de todo su autocontrol para no sujetarla, obligarla a que se doblara sobre sí misma y tomarla allí mismo. Sabía que era demasiado pronto para perder el control de

aquella manera. Quería hacerlo poco a poco, preparar su cuerpo como si fuese un banquete y él el comensal dispuesto a devorar cada delicioso centímetro de su carne cálida y desnuda.

Ignorando la incomodidad física que sentía, se adentró en el amplio apartamento. Era cálido, acogedor y confortable. La suave luz de una lámpara bañaba el sofá y otorgaba al ambiente un brillo dorado cargado de sensualidad. Jay sonrió. Aquél sería el lugar escogido, justo allí, tendidos sobre los suaves cojines.

Junto a la ventana abierta se consumía una vela con olor a frambuesa. Su trémula luz dibujaba sombras sobre las paredes color canela y la suave fragancia que emanaba de ella impregnaba el ambiente.

Frambuesa. Su fruta del bosque favorita.

—Mmm... —ronroneó con voz grave.

Encontró el equipo estéreo y puso un poco de música suave para amenizar la velada, del estilo que creaba el ambiente perfecto para la seducción.

Escuchó la voz de Laura a sus espaldas. Cuando se dio la vuelta, su cerebro se detuvo en seco. ¡Dios mío!, ¿era consciente de lo sexy que estaba cuando se mordía el labio inferior de aquella manera? Inspiró profundamente y las aletas de su nariz se dilataron.

Allí estaba, frente a él, sujetando dos copas de vino y con un suave rubor rosado en el cuello, erótico e incitante al mismo tiempo.

Con un gesto del dedo, Jay la invitó a que se acercara.

—Ven aquí, Laura. —Su voz era suave, persuasiva. Ella avanzó tres pasos perfectamente calculados y le entregó una de las copas de vino. Jay bebió con avidez, la dejó sobre una mesita y se acercó a ella hasta que sus cuerpos estuvieron a tan sólo un suspiro de distancia el uno del otro. Inspiró su olor, tan increíblemente delicioso. La miró a los ojos, aquellos ojos que eran una tentación, y con la expresión de su rostro le aseguró que lo que estaba a punto de pasar iba a ser muy bueno. Para los dos.

Acercó una mano a la cara de Laura y trazó con los dedos la delicada curva de su mandíbula, mientras que con el pulgar le acariciaba el labio inferior. Era suave y terso como la seda. Luego descendió lentamente hasta rozarle el cuello. Sintió los erráticos latidos de su corazón contra la piel de la mano. Se imaginó a sí mismo acariciándola sólo con los labios y la visión hizo que su cuerpo se tensara durante un instante, anticipando lo que estaba a punto de pasar.

Siguió bajando. De pronto Laura tomó aire, sobresaltada, al sentir la punta de sus dedos sobre los pálidos montículos de sus pechos. Cambió el peso de una pierna a otra y su cadera rozó la de él.

Jay contuvo un gemido y abrió lentamente la gruesa prenda de algodón hasta que pudo ver la delicada camisola cubierta de encaje.

—Me gusta mucho tu bata.

—Gracias.

—Ahora quítatela.